

para hacer de lo propio algo universal, válido para otros hombres en situación semejante a la propia. Conciencia que tuvo desde sus inicios el hombre occidental, que no sólo se conformó con hacer válidas sus expresiones concretas para hombres en situación semejante a la suya, sino, inclusive, a hombres cuyas circunstancias podían serle diametralmente opuestas. Conciencia de la historia occidental que hizo de la situación concreta de éste la situación válida para todos los hombres que aceptasen su subordinación a ella. Conciencia cuyas consecuencias fueron la subordinación a ella de pueblos que no habían tomado conciencia de sí mismos, la conciencia de su propia historia.

¿En qué consiste, por lo tanto, la historia de la cultura iberoamericana? Para el autor de estas páginas, tesis que nos parece muy acertada, la historia de la cultura iberoamericana es una historia en la que sus hombres realizan una permanente quema de naves, una renuncia permanente a lo que son, para el logro de lo que no sólo no son, sino que se evita lleguen a ser. Una historia en la que alterna la admiración por los grandes pueblos que le sirven de modelo con la amarga queja de la actitud de estos pueblos frente a sus admiradores. Hombres que, para llevar a sus pueblos las instituciones democráticas y liberales que enarbolan las naciones modernas como signo de superioridad, tienen que luchar no sólo contra las resistencias que les impone su propia realidad, su pasado aún vivo, sino también contra esos pueblos que se niegan a reconocerles capacidad para mantener esas instituciones. Hombres que, por establecer en sus pueblos las formas de libertad de las que se presentan garantes pueblos como Inglaterra, Francia o los Estados Unidos, se ven obligados a luchar no sólo contra los grupos más conservadores de sus propios países, sino contra esos mismos pueblos que admiran y les sirven de modelo, los cuales se han transformado en fuerza que no sólo estimula a las fuerzas opuestas a sus anhelos, sino que, inclusive, las defienden enviando en su apoyo todos los elementos materiales que son necesarios para su conservación y triunfo. Por tratar de ser modernos tendrán que luchar con las fuerzas de la modernidad, que se pondrán del lado de las viejas y aparentemente fenecidas fuerzas feudales para evitar su logro. ¿Por qué? El porqué de esta actitud lo lleva la misma modernidad en sus entrañas. Es el porqué, hace el autor hincapié en esta cuestión, de la razón por la cual la misma ha dado origen a una cultura como la occidental, capaz de expandirse por todo el mundo, como nunca cultura alguna lo había logrado antes.

Otra de las interrogantes que inquietan grandemente al autor es la concerniente a la determinación de la culpabilidad que la historia arroja sobre las espaldas de los hombres. Es el hombre moderno, es-

cribe el doctor Leopoldo Zea, el que, una vez puesta en crisis su relación con esa vida eterna en Dios ve en la historia una «culpa» que se niega a aceptar como suya; pero para acabar aceptándola como instrumento de su afirmación en el presente y de justificación para el futuro. Pero tanto en su actitud antihistoricista como en su actitud historicista, el hombre moderno toma conciencia de la historia como de algo que no puede ya eludirse. En efecto, nos advierte el autor en otro lugar de este libro, el hombre que ha descubierto la historia, el hombre que ha tomado clara conciencia de la misma, es el mismo hombre que busca una justificación de su preeminencia en el mundo nuevo que está creando. Con lo primero que tropieza este hombre es con la historia, con esa historia que en forma de tradición justifica a la aristocracia feudal. El nuevo hombre, el creador de la cultura occidental, se encuentra fuera de la tradición en nombre de la cual justifica su predominio un determinado grupo de hombres; fuera de un pasado que no ha hecho y, por lo tanto, sin justificación para sus aspiraciones y predominio frente al de la aristocracia y la Iglesia medievales. Tanto la una como la otra tienen, como lo más natural, su justificación en el pasado, en la tradición por ellas heredada; su justificación en la historia hecha por esas clases y grupos.

¿Cuál es, según el autor de estas páginas, la lección que Occidente ha brindado a Hispanoamérica? Por lo pronto, a nuestro parecer, algo sumamente sencillo, a saber: que los pueblos, como los hombres, nada pueden esperar de otros que no puedan esperar de sí mismos; tal es, en efecto, la enseñanza del Occidente al mundo. Los pueblos no occidentales han aprendido algo que antes les era ajeno: *su puesto en el mundo*. El Occidente, al expandirse, ha creado un ámbito universal que antes era ajeno a todos los pueblos del mundo. Un ámbito dentro del cual cada pueblo va a poder medirse. Medida que, subraya el doctor Leopoldo Zea, no va a ser otra cosa que expresión de la capacidad o incapacidad de un pueblo; de las posibilidades e imposibilidades de sus hombres. Hasta ayer, cada pueblo se sentía el centro del mundo o del universo, al no sentir la presencia de pueblos que resistiesen esta universalidad. Ahora esto ha cambiado: el Occidente ha hecho sentir su presencia e impuesto sus puntos de vista: los puntos de vista de una cultura que se considera a sí misma como universal. Ha hecho patente la existencia de una historia, su historia, como historia universal. Una historia de la cual son simples accidentes las historias de otras culturas, las historias de otros pueblos. Historias marginales, accidentales, que sólo valen por lo que pudieron haber sido como instrumentos de la historia universal y, si acaso, por lo que pueden llegar a ser en un problemático futuro.

En todo caso, piensa el doctor Leopoldo Zea, la incorporación, hasta ayer forzosa y ahora consciente, al mundo occidental de los pueblos no occidentales les dará también, les está dando, conciencia del papel que tienen en el mismo. Su papel de «proletariado cosmopolita», como lo llama Toynbee. Es la toma de conciencia del esclavo frente al amo de que habla Hegel en su *Fenomenología del espíritu*; la toma de conciencia del proletariado de que habla Marx. Y, con ella, la conciencia del importante papel que estos pueblos han tomado en la realización de la cultura occidental. Una cultura que es lo que es gracias a la obligada colaboración que a la misma han dado los pueblos no occidentales. Cultura que, para su crecimiento material, ha necesitado de los sacrificios de muchos hombres y pueblos. Pero una cultura, también, en la que se hacen patentes los más altos conceptos sobre la dignidad humana. Esa dignidad en nombre de la cual reclaman otra situación los hombres y pueblos a los cuales les había únicamente tocado el papel de sacrificados.

¿Cuál fue la respuesta de Occidente al afán de occidentalización de Iberoamérica? Al tratar de encontrar la respuesta adecuada es evidente que el autor de este sugestivo y excelente estudio está, a nuestro modesto parecer, abordando el tema clave del libro. Y, en efecto, la respuesta—como agudamente señala el doctor Leopoldo Zea—en nada se apartó de la que el mismo Occidente había dado a esfuerzos semejantes en Europa y otras partes del mundo: el rechazo absoluto. No le fueron reconocidos a Iberoamérica los esfuerzos realizados por arrancarse un pasado que los confinaba en un mundo opuesto al progreso; tampoco le fueron reconocidos sus esfuerzos por adquirir hábitos y costumbres occidentales, repudiando los que había heredado. Iberoamérica siguió siendo la tierra de barbarie a la que sólo el Occidente podía redimir sometiéndola. Por ello, en nombre de la civilización, franceses e ingleses bombardean puertos e invaden tierras de esta América, aliándose, inclusive, con las fuerzas que en Iberoamérica se oponían a la occidentalización de sus países. En nombre de la misma civilización y el progreso, los Estados Unidos de Norteamérica extienden sus fronteras, amputando las mexicanas en 1847; en 1863, Francia, también en nombre de la civilización, apoya a las fuerzas conservadoras mexicanas en su lucha contra las liberales, tratando de imponer un imperio que venía a ser la negación del progreso, cuya bandera enarbolaban los invasores. También en nombre de la civilización, la democracia y la libertad, Norteamérica, modelo de todos los pueblos iberoamericanos, apoyará a tiranuelos y dictadores que negaban y niegan tales principios, para así afianzar los intereses concretos del mundo occidental en su expansión.

A la vista, pues, de lo anteriormente expuesto, el lector no se sorprenderá de que el doctor Leopoldo Zea subraye, entre otras muchas cosas, mucho es lo que se ha hablado de la falta de comprensión entre la América sajona y la América ibera; la misma falta de comprensión que encontramos entre el Occidente y el resto del mundo. Mucho han hablado también los publicistas norteamericanos sobre la incapacidad iberoamericana, o latinoamericana, para comprender los altos fines y valores representados por la civilización norteamericana, que ha dado origen a las mejores expresiones de la democracia, la libertad y el *confort* material. Incapacidad iberoamericana para comprender la importancia que tienen estas aportaciones a la cultura que, inclusive, justifican la intervención norteamericana para imponer, si así es necesario, tan altos valores. Por ello, subraya firmemente el autor de este libro, muchas de las intervenciones norteamericanas en la América ibera van a ser justificadas, en este sentido, como intervenciones en defensa de la democracia y libertad amenazadas, se impondrán dictaduras que, se supone, tienen como fin defenderlas, al menos simbólicamente, porque de hecho no podrían existir dentro de dictadura alguna, cualquiera que sea la justificación que ésta se dé.

Es preciso destacar, por último, que el Occidente, en su expresión estadounidense, se ha empeñado, a su vez, en mantener en Iberoamérica formas de gobierno que son las antípodas de las instituciones democráticas y liberales que éste ha originado en sus propias tierras; se ha empeñado en hacer de la América ibera un simple proveedor de materias primas sin capacidad técnica para su transformación, y en mercado de las mismas una vez transformadas por la técnica y manos occidentales. La gran tolerancia que, dentro de sus propias fronteras, guarda el Occidente para cualquier forma de gobierno, se transforma en intolerancia si surge algún gobierno cuya única pretensión sea hacer de su país otro Occidente, esto es, un pueblo con libertades, derechos y el *confort* material necesario.

He aquí, sin duda, un magnífico libro en donde el pasado y el presente de los países hispánicos son sometidos a exhaustivo análisis. Un análisis en torno de la verdad histórica, de la verdad humana y, consiguientemente, de la verdad espiritual y de la legitimidad de las instituciones políticas y sociales de los pueblos de allende los mares. Pueblos que, en verdad, están siempre presentes en la conciencia española.—JOSE M.<sup>a</sup> NIN DE CARDONA (*Instituto de Cultura Hispánica. MADRID*).